

Palabra de Dios, Ciencia y Cultura

Mons. Raúl Berzosa

Obispo titular de Arcávida y Auxiliar de Oviedo

Lo que expondré, no es de todo original. Acopio ideas y bibliografía amplia y diversa. Aunque me inspiraré, sobre todo, en el esquema de una Conferencia del entonces Cardenal J. Ratzinger, hoy Papa Benedicto XVI, que impartió en Madrid en el año 2000¹.

Como en alguna otra ocasión, utilizaré el género epistolar. A mi virtual interlocutor lo llamaré Teófilo.

1. A modo de punto de partida...

Querido amigo Teófilo: lo que te voy a expresar se encuentra en la Encíclica “*Fides et Ratio*” del Papa Juan Pablo II y, posteriormente, ha sido subrayado por algunos comentarios autorizados realizados por el papa Benedicto XVI...

Comenzaré aportándote tres citas. La primera, clásica, de Galileo, quien en el año 1615 escribía a Madame Cristina de Lorena: «*Si el propio Espíritu Santo no ha querido enseñarnos expresamente esa clase de proposiciones [de astrono-*

1Cf. *Fe, verdad y cultura. Reflexiones a propósito de la encíclica «Fides et ratio»*. Conferencia del cardenal Joseph Ratzinger, Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, impartida el 16 de febrero de 2000, en Madrid, dentro de los actos del Primer Congreso Teológico Internacional, organizado por la Facultad de Teología «San Dámaso», sobre la encíclica «*Fides et ratio*».

mía] por ser ajenas a su propósito, o sea, a nuestra salvación, ¿cómo se podrá afirmar ahora que aceptar una parte de ellas, mientras se rechaza otra parte, sea tan necesario como que una sea de Fide, y la otra errónea? ... Yo podría decir aquí lo que escuché a un personaje eclesialístico elevado a la más alta categoría, a saber, que la intención del Espíritu Santo es la de enseñarnos cómo se va al cielo, y no cómo es el cielo».

La segunda cita se hace eco de unas recientes palabras de Stephen Hawking, pronunciadas en Santiago de Compostela, el día 24 de septiembre de 2008: *“Los físicos creen que el universo está gobernado por leyes científicas. Estas leyes deben cumplirse sin excepciones o no serían leyes. Esto no deja mucho espacio para milagros o para Dios”*².

Y, finalmente, una tercera cita como para compensar las dos atrevidas afirmaciones anteriores, en la que Caterina Pajchel llega a afirmar que *“las ciencias nos han ayudado a eliminar a un Dios tapa-agujeros o tapa-vacíos, a no utilizar a Dios para explicar las preguntas científicas que quedan por contestar... No puedo aceptar la Biblia como un libro de texto para las ciencias naturales... Sin embargo, como creyente, me atrevo a hablar de la Verdad, con V mayúscula”*³.

Tras estos tres testimonios, te hago una doble pregunta que seguramente no te esperas: por un lado, *“¿Necesita la fe de la ciencia o de la filosofía... o la fe –que en palabras de San Ambrosio fue confiada a pescadores y no a sabios– es completamente independiente de la sabiduría humana?”*. Por otro lado, *“¿Puede la Biblia decir alguna palabra autorizada a la ciencia de hoy?”*... Porque, atravesando estas preguntas, no podemos olvidar las palabras, lacerantes, del recordado Papa Juan Pablo II: *“La síntesis entre cultura y fe no es sólo una exigencia de la cultura, sino de la misma fe. Una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada ni fielmente vivida”*.

Como eres inteligente, Teófilo, me responderás sin dudarlo mucho que, si se contempla la cultura, la ciencia o la filosofía sólo como meras disciplinas académicas, encerradas en sus restrictivos campos del saber, entonces la fe es de hecho independiente de ellas. Pero no así cuando se entiende la cultura, la ciencia o la filosofía en un sentido mucho más amplio y conforme a sus orígenes. Más

2 Cf. “El Mundo” (25-9-08) 32.

3 “Vida Nueva” : n. 2.629 (27-9-08) 8-9.

en concreto, la ciencia, y la filosofía, en sus respectivos niveles y según sus propios métodos, se preguntan qué es la realidad y qué puede conocer el hombre sobre sí mismo y sobre la realidad que le rodea (tanto de lo más grande como de lo más pequeño). Y me añades: con un peligro hoy día, no sólo latente sino muy patente: si al vivir como en una especie de penumbra y de sospecha metodológica, nos vemos obligados necesariamente a recluirnos en la cárcel de lo útil y de lo plausible y, de esta manera, renunciar a bucear en las profundidades y en las claridades de lo que denominamos verdades y certezas. Y aquí entra en juego, y por derecho propio, la fe cristiana –y la Palabra de Dios– con su pretensión de decir la verdad sobre Dios, sobre el mundo y sobre el hombre y que, además, pretende ser la “religio vera”, la religión de la verdad. O, de otra manera expresado, con palabras del mismo Jesucristo, entra en juego la veracidad de estas palabras del Maestro: “*Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida*” (Jn 14, 6).

De esta pretensión de poder conocer la verdad, querido Teófilo –y que es “escándalo para unos y locura para otros”, como diría el Apóstol Pablo– brota el impulso misionero de la fe, también en el campo de la cultura; porque sólo si la fe cristiana es verdadera, tiene algo que ver con todos los hombres y con sus actividades, entre ellas con la ciencia. Si, en cambio, la fe cristiana es sólo una variante cultural de las experiencias religiosas o de las dimensiones simbólicas del hombre, como se está escribiendo hoy⁴, entonces tiene que permanecer en el ámbito privado de su propia cultura. Y, tarde o temprano convertirse en un “guetto” o en un fósil. En los casi cuatrocientos años de modernidad, se han lanzado al cristianismo dos preguntas radicales: una, que afecta a la centralidad de Jesucristo: “¿Qué posee este fundador de religión que no tengan otros fundadores?”. Y, otra, que afecta a la centralidad del cristianismo y de la Iglesia: “¿Qué tienen el cristianismo, y la Iglesia, para ser los verdaderos, en el mercado de las religiones y creencias?”. Ambas preguntas caminan unidas⁵.

Sin complejos, Amigo Teófilo, hay que subrayar que la fe (y por lo mismo la Palabra de Dios) tiene que algo que ver inevitablemente con la ciencia y con la filosofía. Es necesario rehabilitar la cuestión de la verdad en un mundo marcado por el relativismo y el cientificismo. En la situación de la ciencia actual, que

4 Ejem. remito a los codirectores de los descubrimientos paleontológicos de Atapuerca (Burgos) quienes no admiten una dimensión religiosa en el hombre sino más bien una “capacidad simbólica” (Cf. R. BERZOSA, *Una lectura creyente de Atapuerca*, DDB, Bilbao 2005).

5 Cf. R. BERZOSA, *Hacer teología hoy*, San Pablo, Madrid 1994.

ciertamente busca verdades pero descalifica como no científica la cuestión de la verdad, es necesario redescubrir esta cuestión tan importante como necesaria; y hacerlo, por qué no, como una tarea racional y científica; en caso contrario, la fe se convierte en fideísmo. Merece la pena arriesgarse en la aventura de la búsqueda de la verdad. Conscientes de una inevitable paradoja: hablamos de lo que está más allá del ámbito de la ciencia, pero también de lo que está en el centro mismo del mundo de la ciencia, en el corazón mismo de la ciencia. Y con una advertencia que se atribuye al poeta Ellyot: “*La sabiduría se pierde por la mucha especialización; y la mucha especialización, por la mucha información*”.

2.- Preguntar por la verdad no está de moda...

Seguimos avanzando, paciente Teófilo, con una observación que seguro compartirás: hoy no está de moda, ni aparece como moderno, preguntar por la verdad. No es nuevo. Ya lo puso de relieve en los años cuarenta del siglo pasado, el escritor y filósofo C. S. Lewis en su libro “*Cartas del diablo a su sobrino*”⁶. En dichas cartas, un demonio superior, Escrutopo, imparte enseñanzas a un principiante (Orugarío) sobre el arte de seducir al hombre. El demonio principiante había expresado ante sus superiores su preocupación por el hecho observado de que los hombres inteligentes, al leer los libros de los sabios antiguos, pudiesen descubrir con facilidad las huellas de la verdad. Escrutopo le tranquiliza recordándole que los espíritus infernales han conseguido persuadir a los sabios y eruditos del mundo occidental para que, cuando lean valiosos libros antiguos no se pregunten sobre la cuestión de la verdad, sino más bien se enreden acerca del contexto en el que escribe, de las dependencias del escritor, del desarrollo de sus argumentos, de los géneros literarios, y de otras cuestiones análogas. En definitiva, más por el método que por los contenidos.

Hasta qué punto la afirmación de C. Lewis es verdadera, lo confirma el fi-

6 Cf. C.S.LEWIS, *Cartas del diablo a su sobrino*, Espasa-Calpe, Madrid 1978

7 Cf. Algunas obras de J. Pieper, traducidas al español: *Justicia y Fortaleza*, Madrid 1968; *Prudencia y Templanza*, Madrid 1969 ; *Sobre la esperanza*, Madrid 1951; con H. Raskop: *Catecismo del cristiano*, Madrid 1954; con J. Leclercq: *De la vida serena*, 3 ed. Madrid 1965 ; *La Fe*, Madrid 1966; *Sobre el fin de los tiempos*, Madrid 1955; *Esperanza e Historia*, Salamanca 1968 ; *¿Qué significa filosofar?*, Münster 1948 ; *Actualidad del tomismo*, Madrid 1952 ; *El ocio y la vida intelectual*, Madrid 1962; *Entusiasmo y delirio divino*, Madrid 1965; *Defensa de la filosofía*, Barcelona 1970 ; *Muerte e inmortalidad*, Barcelona 1970 ; *El concepto de pecado*, Madrid 1998 ; *La fe ante el reto de la cultura contemporánea*, Madrid 2000; *Introducción a Tomás de Aquino : doce lecciones*, Madrid 2005 ; *Una teoría de la fiesta*, Madrid 2006 ; *Las virtudes fundamentales*, Madrid 2007.

lósofo Josef Pieper⁷ cuando comenta que, en los países comunistas, al publicar las obras de Platón o Dante, por ejemplo, obligatoriamente se escribía un Prólogo o introducción a cada obra, con la torcida pretensión de proporcionar al lector una comprensión histórica, exegética y literaria, y así excluir la cuestión de la verdad. Se trataba, en definitiva, de inmunizar frente a la verdad. La cuestión de si lo dicho por el autor era o no verdadero, y en qué medida, se contemplaba como una cuestión no científica ya que nos sacaría del campo de lo demostrable y verificable, y nos haría recaer en la ingenuidad del mundo precrítico. Querido Teófilo, nada de qué extrañarte cuando incluso hoy, a los chavales de bachillerato, se les indica expresamente que existen tres maneras de conocer la realidad: el mito filosófico, el mito religioso y el conocimiento científico y experimental. Los dos primeros –filosófico y religioso– carecen de autoridad. Sólo el tercero es verdadero⁸.

También, avisado Teófilo, me dirás que se ha pretendido neutralizar, en diversas ocasiones, la lectura de la Biblia explicando, de forma prioritaria y casi exclusiva, cuándo y bajo qué circunstancias históricas y culturales ha surgido un texto, en qué comunidad se redactó, con qué género literario... y, de este modo, lo reducimos a un texto meramente cultural o histórico, vaciándola de su pretensión de Palabra verdadera y auténtica⁹.

En el trasfondo de este modo de interpretación histórica hay una filosofía gnoseológica, un “a priori” ante la realidad, que se puede traducir de esta manera: “no tiene sentido preguntar sobre lo que son las cosas en verdad; sólo podemos preguntarnos sobre lo que podemos hacer con las cosas o para qué nos sirven”. En otras palabras, la cuestión no es la verdad, sino la praxis, su utilidad, el dominio de las cosas para nuestro provecho. Ante tal reducción aparentemente iluminadora del pensamiento humano, un observador profundo verá en esta moderna actitud una falsa humildad y, al mismo tiempo, una falsa soberbia; la falsa humildad, que niega al hombre la capacidad para la verdad y el método adecuado para alcanzarla; y la falsa soberbia, con la que se sitúa sobre las cosas y sobre la verdad misma, en cuanto se erige en poderoso dominador y señor sobre

8 Cf. El material de divulgación “escolar” publicado por los codirectores de los descubrimientos prehistóricos de Atapuerca y financiado, para su distribución en centros de enseñanza secundaria obligatoria, por la Junta de Castilla y León. La carpeta se titula: “Yacimientos de Atapuerca y la evolución humana” (2003).

9 Cf. Sobre interpretación de la Biblia, Cf. PONTIFICIA COMMISSIONE BIBLICA, *l'interpretazione della Bibbia nella Chiesa (15 Abril 1993)*.

la misma realidad.

Lo que en Lewis aparece en forma de ironía, Umberto Eco lo refleja en su novela “*El nombre de la rosa*”¹⁰, cuando escribe: “*La única verdad consiste en aprender a liberarse de la pasión enfermiza por la verdad*”. El fundamento para esta renuncia inequívoca a la verdad estriba en lo que hoy se denomina el “giro lingüístico”, en la crítica literaria, o el giro “cientifista”, en el mundo de las ciencias experimentales. Se subraya que no se puede remontar más allá del lenguaje y sus representaciones, o del método de los experimentos científicos, porque la razón está condicionada, en un caso, por el lenguaje y ligada al lenguaje y, en otro caso, por lo experimentable y lo verificable. En resumen, y en consonancia con lo que hemos oído de Escrutopo, la ciencia ha renunciado, desde casi la Edad Moderna, a la cuestión de la búsqueda de la verdad. Ya no hay una verdad más allá de lo palpable y experimentable, o del propio lenguaje, sino muchas “verdades” que concurren entre ellas, como plurales e igualitarias ofertas de verdad que hay que defender en el mercado tolerante y dispar de las diversas cosmovisiones del mundo. En este sentido, el mundo cultural y, supuestamente globalizado de hoy, sería como una especie de supermercado de las religiones y de las ideologías¹¹.

3. Claves para redescubrir la verdad...

Como sé que eres amigo de parábolas, querido Teófilo, y en orden a seguir profundizando, te contaré un pasaje de “Fedro”, de Platón. En él Sócrates cuenta a Fedro una historia que ha escuchado de los antiguos, los cuales sí creían tener conocimiento de lo verdadero y buscaban la verdad con pasión¹². Una vez Thot, el “padre de las letras” y el “dios del tiempo”, visitó al rey egipcio Thamus de Tebas. Instruyó al soberano sobre diversas artes inventadas por él, y especialmente sobre el arte de escribir. “*Este conocimiento, oh rey, hará a los egipcios más sabios y vigorizará su memoria; es el elixir de la memoria y de la sabiduría*”. Pero el rey

10 Umberto Eco ha publicado cinco novelas: *El nombre de la rosa* (1980); *El péndulo de Foucault* (1988); *La isla del día de antes* (1994); *Baudolino* (2000); *La misteriosa llama de la reina Loana* (2004).

11 Existe una amplia literatura, incluso de divulgación, que se ha preocupado del tema: Cf. S. KESHAVJEE, *El Rey, el Sabio y el Bufón. El gran torneo de las religiones*, Destino, Barcelona 1998.

12 Para una historia global de la filosofía, Cf. M. GARCÍA MORENTE, *Lecciones preliminares de filosofía*, Ediciones Encuentro, Madrid 2007 (el libro data del año 1937).

no se dejó impresionar. Él intuía justamente lo contrario como consecuencia del conocimiento de la escritura: *“Esto producirá olvido en las almas de quienes lo aprendan, porque descuidarán el ejercicio de la memoria, ya que ahora, fiándose a la escritura exterior, recordarán de un modo externo; no desde su propio interior y desde sí mismos. Y, en relación a la sabiduría, tú aportas a tus aprendices sólo la representación, no la cosa misma. Pues ahora son eruditos en muchas cosas, pero sin verdadera instrucción, y así pensarán ser expertos en muchas cosas, cuando en realidad no entienden de nada, y son gente con la que es difícil tratar, puesto que no son verdaderos sabios, sino sólo sabios en apariencia”*.

Esta anécdota, querido Teófilo, se puede ampliar desde el punto de vista del método científico: con los aparatos de medir, pesar, observar, descifrar... hemos ganado en eruditos pero no en sabios. O mejor, sabios en apariencia, que saben mucho o casi todo de casi nada; lo expresado no te parecerá exagerado, si en un ámbito más casero y cotidiano, piensas, Teófilo, en las enormes posibilidades que por ejemplo ofrece Internet; permiten tener inmediatamente a tu disposición todos los textos de un Padre de la Iglesia en los que aparece una palabra buscada, sin haber penetrado en cambio en el pensamiento y en el sentido de quien lo escribió¹³.

Pero volviendo a Platón, es claro que él no rechazaría la escritura ni la ciencia en cuanto tal, como tampoco nosotros rechazamos las nuevas posibilidades de la información, sino el uso que hacemos de ellos. Es como una oportuna señal de SOS, como un aviso para navegantes. A veces, y en resumen, la ciencia –con su método estrecho y miope– se convierten en auténtica barrera para descubrir la verdad de las cosas. El científico, como sucedía a Alicia en el país de las maravillas, no puede quedar aprisionado en el cuarto de espejos de las solas interpretaciones; puede y debe buscar el acceso a lo real, que se encuentra tras sus experimentos e hipótesis y se muestra en otros campos, igualmente científicos y complementarios. Bellamente lo expresa Ken Wilber¹⁴, psicólogo transpersonal y metafísico, cuando escribe: *“La ciencia no es el conocimiento del mundo sino tan sólo una interpretación del mundo; y, en consecuencia, tiene la misma validez –ni más ni menos– que el arte, la religión o la poesía”*.

Por todo ello, cuando se critica que “la cultura católica oficial” (y con ello

13 Sobre Internet, Cf. R. BERZOSA, *Transmitir la Fe en un nuevo siglo*, DDB, Bilbao 2006.

14 Cf. KEN WILBER, *Ciencia y religión. El matrimonio entre el alma y los sentidos*, Kairós, Barcelona 1998, 30-40.

la Palabra de Dios) no tiene ya nada que decir a la cultura en cuanto tal"...o "que la pregunta por la verdad está fuera de la ciencia", es entonces cuando debemos encarar y devolver dichas argumentaciones y preguntarnos "¿si no es dicha cultura en cuanto tal, de la que se habla, más bien una anticultura... y esa ciencia miope una especie de anticiencia convertida en mera ideología?"...Con repercusiones incluso en el campo cotidiano de la convivencia democrática¹⁵.

Tales afirmaciones presuponen que no puede haber ninguna otra instancia por encima de las hipótesis de un científico o de las decisiones de una mayoría; bien se trate de una mayoría política, sociológica, o de la opinión pública. La mayoría coyuntural se convierte en un absoluto. Porque de hecho vuelve a existir lo absoluto, lo inapelable. Estamos expuestos al dominio del positivismo y a la absolutización de lo coyuntural, de lo manipulable. Si el hombre queda fuera de la verdad, entonces ya sólo puede dominar sobre él lo coyuntural y lo arbitrario en variadas formas. Por eso no es "fundamentalismo", sino un deber para la Humanidad, proteger al hombre contra la dictadura de lo coyuntural convertido en absoluto; y así devolverle su genuina dignidad, que justamente consiste en subrayar que está abierto a la verdad, a la belleza y a la bondad, y que ninguna instancia puede dominar sobre él ni ocultarle su verdadera grandeza. Precisamente por la misma capacidad del hombre para gustar la verdad, la belleza y la bondad, el hombre mismo es la mejor apología de su grandeza.

Después de todo lo expuesto hasta el momento, querido Teófilo, llegamos a la conclusión de que es difícil volver a dar carta de ciudadanía a la cuestión de la verdad en el mundo científico, debido al canon metodológico o gnoseología cientifista que con frecuencia se ha impuesto hoy como sello acreditativo de la cientificidad. Por eso, es necesario un doble debate fundamental: tanto sobre la esencia de la ciencia y su método, como sobre la verdad y su método propio.

Todo esto es mucho más que un debate sobre si la verdad (y con ello la Palabra de Dios) puede entenderse como "científica" y en qué sentido. Es más bien una denuncia y una especie de grave y urgente advertencia contra un tipo de cientificidad que cierra el paso a la cuestión de la verdad o la hace imposible.

Tal auto-enclaustramiento, tal empequeñecimiento de la razón no puede

15 Como puso de relieve por ejemplo G. Ellis en Toledo, el 13 de julio de 2008, en un "Encuentro Intercultural" organizado por el Instituto "Metanexus". G. Ellis es un notable matemático. En sus primeras obras trabajó con S. Hawking. Sobre esta misma problemática, Cf. H. PUTNAM-J. HABERMAS, *Normas y valores*, Trotta, Madrid 2008.

ser la norma de la ciencia; porque la ciencia en su conjunto no puede acabar haciendo imposibles las preguntas propias del hombre, ya que ella misma se vaciaría de contenidos y, a la postre, resultaría peligrosa para el propio hombre. Es tarea de la ciencia justamente pensar la cientificidad como un todo; concebir críticamente su esencia y, de un modo racionalmente responsable, ir más allá de ella misma hacia lo que le da sentido. La ciencia, ayudada de otras materias, tiene que preguntarse siempre sobre el hombre, y, por el misterio que él mismo es. El hombre, como solía repetir bellamente Julián Marías, “no es un algo, sino un alguien”¹⁶.

Concluyo este apartado, Teófilo, con una certeza: en la historia de la ciencia contemporánea no han faltado tentativas, y suficientes ensayos esperanzadores, para abrir de nuevo la puerta a la cuestión de la verdad; una puerta más allá del lenguaje y de los métodos científicos que giran sobre sí mismos¹⁷. Nunca es anacrónica la confianza en que es posible buscar la verdad y encontrarla. Es justamente ella la que mantiene al hombre en su dignidad, rompe los particularismos y unifica a los hombres, más allá de los límites culturales o ideológicos.

4. Ciencia, cultura y verdad: ni extrañas ni enemigas, sino compañeras de viaje...

Abusando aún más de tu paciencia y generosidad, Teófilo, vuelvo sobre el tema de la relación Ciencia-Verdad, o en el fondo, Ciencia-Palabra de Dios.

Te hablo lo más claramente que puedo: no sería difícil mostrar que la desorientación de la ciencia ante la cuestión de la verdad, y el posicionarse frente a ella, descansa, en última instancia, como venimos repitiendo, en la pretensión de alcanzar certezas tan sólo en el campo empírico. Esta reducción metodológica, se convierte así en un muro ante la cuestión de la verdad.

Pero frente a ese canon, y en la línea de la lúcida encíclica “*Fides et Ratio*”, y apoyado por otros científicos contemporáneos, hay que volver a defender la multiplicidad de caminos de saber del espíritu humano y la amplitud de la racionalidad misma, con sus diversos métodos, a la hora de conocer la realidad y la

16 Cf. J. MARIAS, *El tema del hombre*, Revista de Occidente, Madrid, 1943; *San Anselmo y el insensato y otros estudios de filosofía*, Revista de Occidente, Madrid, 1944; *Introducción a la filosofía*, Revista de Occidente, Madrid, 1947; *Biografía de la Filosofía*, Emecé, Buenos Aires, 1954; *Antropología metafísica. La estructura empírica de la vida humana*, Revista de Occidente, Madrid, 1970; *Persona*, Alianza, Madrid, 1996.

17 AA.VV., *Fede, cultura e scienza*, Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 2008.

verdad. Lo no material, por ejemplo, no puede ser abordado con métodos que corresponden sólo a la realidad físico-material.

Y, con ello, amigo Teófilo entramos más directamente en el tema que nos ocupa desde el comienzo: “Ciencia y verdad bíblica”. El tema resonaba ya durante el siglo dieciocho en el filósofo Lessing cuando presentaba las tres grandes religiones con su parábola de los tres anillos, de los que sólo uno tiene que ser el auténtico y verdadero, pero cuya autenticidad ya no es verificable. Por lo tanto, la cuestión de la verdad es irresoluble y se sustituye por la cuestión del efecto curativo y purificador de la religión. La ortodoxia se convierte en ortopraxis.

En este caso, ¿tiene la ciencia algo que ver con la verdad del cristianismo y la verdad revelada de la Escritura? ¿O, más bien, la ciencia, cuando está profundamente enraizada en lo humano, lleva ya consigo el testimonio de la apertura del hombre a lo universal y a la trascendencia, y esto es suficiente? Por eso, como expresión del único ser del hombre, la ciencia debe estar también traspasada por la dinámica del hombre que trasciende todos sus límites. Por eso, la ciencia no está fijada de una vez para siempre en una sólo forma o método. Le es propia la capacidad de progresar y transformarse, y también, por qué no, el peligro de decadencia. Ciencia y verdad –también la bíblica– están abocadas al encuentro y fecundación mutuas.

La apertura interior y natural del hombre a Dios lleva impresa la predisposición para la revelación de Dios¹⁸. El hombre, diría Henri De Lubac, recordando la tradición anterior, es “deseo natural de Dios”. La Revelación, y en ella el Logos, incluso al científico, no le son extraños cuando no se cierra a ellos. En este mismo sentido, no te asustes, querido Teófilo, si te recuerdo el relato pascual de los Hechos de los Apóstoles (2, 7-14), en el que se nos narra cómo es perceptible y comunicable el testimonio de la fe en Cristo en todas las culturas y en todas las lenguas. En todas ellas la palabra humana, con sus diversas y necesarias modalidades, se hace portadora del hablar propio de Dios, de su propio Logos.

5. Ciencia, cultura y Palabra de Dios...

¿Deseas que profundicemos en las afirmaciones del punto anterior? Es tanto como aterrizar propia y directamente en la relación Ciencia-Palabra de

18 Cf. R. BERZOSA, *La teología del sobrenatural en los escritos de Henri De Lubac*, Facultad de Teología, Burgos 1991.

Dios. Comienzo con un recordatorio evidente: en la Biblia se reflejan mundos culturales diversos. La Palabra de Dios no es algo caído del cielo como un meteorito, sellado en piedra de una vez para siempre, sino que se expresa en diversas culturas y lenguajes. Es fruto de un proceso que va reflejando lentamente la revelación, el autodesvelamiento de un Dios, con hechos y palabras, en una historia de salvación única y auténtica, hasta regalarnos a su Hijo, el Logos encarnado, en el que descubrimos quién es verdaderamente Dios y quién es verdaderamente la persona humana (DV, 3). En este sentido, el cristianismo no es propiamente una “religión del Libro” sino de acontecimientos y eventos.

La Biblia no es mera expresión de la cultura o de la sabiduría de un pueblo, de Israel, sino que lucha contra ese mismo pueblo para que no se instale en su propia cultura. La fe histórica en Dios y el sí a la voluntad de Dios le van corrigiendo continuamente de sus propias representaciones y aspiraciones, hasta hacerle descubrir el Dios Vivo, el revelado, ni apropiable ni manejable, que ha creado cielo y tierra, y que es el Dios de todos los pueblos. La fe de Israel significa una permanente autosuperación de su propia cultura en aras de la apertura hacia el horizonte de la verdad que siempre le trasciende y que siempre le sorprende.

Hay que recordar en este año que celebramos el bimilenario de San Pablo que la liberación de la ley que el Apóstol consigue por su encuentro con Jesucristo resucitado, lleva esta orientación fundamental del Antiguo Testamento hasta su consecuencia lógica y radical: significa la universalización plena de esta fe. Ahora son invitados todos los pueblos a entrar en este proceso de superación de lo propio, de su cultura, que ha comenzado en primer lugar en Israel; son invitados a convertirse al Dios revelado en Jesucristo, que ha abatido “el muro de la enemistad” entre nosotros (Ef 2, 14). Así, pues, en su esencia, la fe en Jesucristo es un permanente abrirnos, una irrupción de Dios en el mundo humano y la apertura correspondiente del hombre a Dios, que congrega al mismo tiempo a todos los hombres. Todo lo propio pertenece, desde Cristo, a todos; y todo lo ajeno, llega a ser también al mismo tiempo lo propio nuestro, como expresó el mismo Jesús en su oración sacerdotal: “*Todo lo mío es tuyo, y todo lo tuyo es mío... Que todos sean uno*” (Jn 17, 10). Me puedes preguntar, querido Teófilo, ¿por qué me detengo en estas consideraciones bíblicas y que aparentemente no tienen mucho que ver con la ciencia? Y te respondo con nitidez: Porque a partir de ellas, y recorriendo brevemente la historia del encuentro del mensaje bíblico con las diversas culturas, concretaremos mucho mejor la relación entre Ciencia y Palabra de Dios.

Así, el encuentro con la cultura griega fue posible, porque ya se había abierto camino en el mundo griego una especie de auto-trascendencia. Los Padres no han vertido sin más el Evangelio en una cultura griega cerrada sobre sí misma, sino que pudieron asumir el diálogo con la filosofía griega y convertirla en instrumento del Evangelio, allí donde en el mundo griego se había iniciado, mediante la búsqueda de Dios, una autocrítica de la propia cultura y del propio pensamiento.

Más tarde, la fe unió los diversos pueblos, comenzando por los germanos y los eslavos –hasta los pueblos de Asia, África y América– porque la fe los introdujo en la dinámica de la auto-superación. Y así pudiéramos recorrer la historia hasta poder concluir que este dato sigue siendo válido hoy. Ciertamente, ya sé que estás pensando Teófilo, que la fe contemporánea difícilmente puede entrar en contacto con ideologías que excluyen la cuestión de la verdad; tal vez sí con movimientos que se esfuerzan por salir de la cárcel del relativismo y siguen creyendo en la conciencia y en la capacidad del hombre para la verdad.

En este sentido, fue una gran osadía la de San Pablo cuando afirmó que todos los hombres tienen la capacidad de escuchar su conciencia, en la que el único Dios habla, y dice a cada uno lo verdaderamente esencial: “*Cuando los gentiles, que no tienen ley, cumplen naturalmente las prescripciones de la ley, sin tener ley, para sí mismos son ley; como quienes muestran tener la realidad de esa ley escrita en su corazón, atestiguan su conciencia...*” (Rom 2, 14 ss). San Pablo no dice: “*Si los gentiles se mantienen firmes en su religión, eso es bueno ante el juicio de Dios*”. Por el contrario, remite a otra fuente, a lo que todos llevamos escrita en el corazón. Para el apóstol San Pablo la conciencia es el órgano de la transparencia del único Dios en todos los hombres.

No te oculto, Teófilo que, actualmente, hasta la conciencia aparece como expresión del carácter absoluto del sujeto. Este narcisismo subjetivista llega a defender que no puede haber, en el campo moral, ninguna instancia superior. Lo bueno como tal no es cognoscible. El Dios único no es cognoscible. En lo que afecta a la moral y a la religión, la última instancia de verdad sería el propio sujeto. Esto es lógico, si la verdad como tal es inaccesible. En resumen, en el concepto moderno de conciencia, muchas veces se sitúa la canonización del relativismo, de la imposibilidad de alcanzar normas morales y religiosas comunes, mientras que, por el contrario, para San Pablo –y para la tradición cristiana– era la garantía para la unidad del hombre y para la cognoscibilidad de Dios y, con ello, para la obligatoriedad común del mismo y único bien.

Se suele afirmar que la postmodernidad ha dejado paso a la ultramoder-

nidad, en la que el naufrago se ha convertido en vitalista-hedonista y donde se ha duplicado y reforzado una premisa: “el cielo y la felicidad soy yo: lo que yo viva, lo que yo disfrute, hasta donde yo llegue”. No se cree en proyectos políticos a mediano o largo plazo ni, por supuesto, en otra vida más allá de la muerte¹⁹.

Sé, Teófilo, que a estas alturas deseas realizarme una última y necesaria pregunta: “¿Qué opinan los propios científicos sobre el tema que nos ocupa, el de la relación Ciencia-Palabra de Dios?”. En atención a tu legítima e interesante pregunta, dejamos hablar a los propios científicos.

6. Los científicos se abren al misterio y a la palabra de Dios...

Comienzo, querido Teófilo, exponiéndote las tesis de K. Willber²⁰, al que he hecho referencia más arriba. Según este interesante autor, la realidad consiste en una serie de nidos dentro de nidos que se hallan, a su vez, dentro de otros nidos –desde la materia hasta el Espíritu–, con el resultado de que todos los niveles se hallan, en última instancia, englobados en el amoroso abrazo del Espíritu omnipresente²¹.

Según este autor, las posturas que se han dado en el diálogo entre ciencia y religión se pueden resumir en las siguientes:

- 1.- La ciencia niega toda validez a la religión.
- 2.- La religión niega toda validez a la ciencia.
- 3.- La ciencia es una de las varias modalidades válidas del conocimiento que puede convivir pacíficamente con las modalidades del conocimiento espiritual.

En cuanto a los intentos que se han dado de conciliación habrían sido los siguientes:

- el reencantamiento o sacralización del mundo;
- el romanticismo o retorno a los orígenes;
- el idealismo: el Dios que está por venir;
- el postmodernismo: la desconstrucción del mundo;
- y, finalmente, el verdadero y genuino encuentro entre ciencia y religión²².

19 Cf. R. BERZOSA, *100 miradas de actualidad en el espejo de la cultura*, DDB, Bilbao 2007.

20 KEN WILBER, *Ciencia y religión. El matrimonio entre el alma y los sentidos*, Kairós, Barcelona 1998.

21 Ibid., 21.

22 Ibid., 110-259.

23 K. WILBER, *Cuestiones cuánticas. Escritos místicos de los físicos más famosos del mundo*, Kairós, Barcelona 2002, 7ª edición.

Para apoyar sus atrevidas tesis, K. Wilber nos ofrece, en una de sus obras, las opiniones de diversos y cualificados científicos²³.

Así, para Werner Heisenberg (1901-1976), físico, la ciencia moderna en sus comienzos se caracterizaba por una actitud de modestia. Esta modestia se perdió en gran medida a lo largo del s. XIX. Pero la física actual está atravesando una transformación básica cuyo rasgo más característico es su conciencia de autolimitación. El contenido auténtico de una ciencia sólo queda garantizado cuando ésta es consciente de sus límites²⁴. La sencillez es el sello de la verdad, y la belleza es el resplandor de la verdad²⁵.

Para Edwin Shrodinger (1887-1961), matemático y físico, premio Nobel en 1933, la visión científica del mundo no contiene por sí misma valores estéticos ni éticos, ni dice una palabra sobre nuestro destino final... La ciencia es incapaz, por ejemplo, de explicar mínimamente por qué la música puede deleitarnos o por qué y cómo una antigua canción puede hacer que nos salten las lágrimas... ¿De dónde vengo y a dónde voy? Estas son algunas de las grandes cuestiones insondables, las mismas para cada uno de nosotros. La ciencia es incapaz de responderlas²⁶.

Según, Albert Einstein (1879-1955), físico, aunque es cierto que los resultados científicos son independientes de cualquier tipo de consideración moral o religiosa, es igualmente cierto que aquellos hombres a quienes la ciencia debe sus mejores logros fueron individuos impregnados de convicción auténticamente religiosa²⁷. La ciencia sin religión está coja; la religión sin ciencia es ciega.

Según Max Planck (1858-1947), físico galardonado con el premio nóbel de Física en 1918, el puro racionalismo no tiene sentido. La ciencia exige un espíritu creyente. En la puerta del templo de la ciencia está escrito: "Necesitas tener fe"... La ciencia es incapaz de resolver el misterio último de la naturaleza. La música y el arte son también caminos para resolverlos, como lo es la religión²⁸.

Para Wolfgang Pauli (1900-1958), físico, hay que unir lo racional y lo místico. Hay que ser capaces de unir los opuestos en una síntesis que abarque a un tiempo la comprensión racional y la experiencia mística de la unidad²⁹.

24 Ibid., 117.

25 Ibid., 201.

26 Ibid., 131.

27 Ibid., 170.

28 Ibid., 211-214.

29 Ibid., 228.

Sir Arthur Eddington (1882-1944), físico, insistirá en que tenemos una Luz Interior que procede de un poder superior al propio. Lo más prudente que puede hacer un científico es comportarse como un hombre ordinario y entrar en el terreno de la mística sin más en vez de esperar a que todas las dificultades implicadas en lo científico queden resueltas³⁰.

En resumen, esta vez con el magisterio de M. Carreira³¹, existen diversos niveles de certezas en la realidad:

- En el nivel científico, la certeza se basa en la comprobación experimental.
- En el nivel matemático y filosófico, la certeza se basa en el raciocinio lógico basado en tres grandes principios: identidad, no contradicción, y razón suficiente.
- En el nivel religioso la certeza se basa en la veracidad de quien revela y en los hechos que manifiesta. En cualquier caso, “*La Biblia no dice cómo van los cielos, sino cómo se va al cielo*” (San Agustín).

Para finalizar este apartado, nada mejor, amigo Teófilo, que transcribirte unas palabras atribuidas a Robert Jastrow, astrofísico: “*Para el científico que ha vivido de su fe en el poder de la razón, la historia termina como una pesadilla: está a punto de conquistar el pico más alto del saber y, conforme pisa la última roca, le da la bienvenida un grupo de teólogos que llevan ahí sentados durante siglos... Las nuevas teorías astronómicas no difieren de lo narrado en el Génesis, aunque, por supuesto, los detalles concretos difieran*”.

7.- Palabras finales a la luz de “*Fides et Ratio*”

Al final de mis reflexiones, amigo Teófilo, quisiera volver sobre una última indicación metodológica en la relación Ciencia y Palabra de Dios, en definitiva, fe y la razón.

La encíclica “*Fides et Ratio*”³² habla de un movimiento circular entre teología y filosofía (lo que vale para la ciencia y su relación con la Biblia), y lo en-

30 Ibid., 296.

31 Cf. M. CARREIRA, *Ciencia y Fe. ¿Relaciones de complementariedad?*, Vozdepapel, Madrid 2004.

32 Cf. JUAN PABLO II, *Fides et Ratio*, CAPÍTULO VI - INTERACCIÓN ENTRE TEOLOGÍA Y FILOSOFÍA (*La ciencia de la Fe y las exigencias de la razón filosófica y Diferentes estados de la filosofía*). Y el CAPÍTULO VII - EXIGENCIAS Y COMETIDOS ACTUALES (*Exigencias irrenunciables de la palabra de Dios y Cometidos actuales de la teología*).

tiende en el sentido de que la teología tiene que partir siempre en primer lugar de la Palabra de Dios; pero, puesto que esta Palabra es verdad, hay que ponerla en relación con la búsqueda humana de la verdad, con la lucha de la razón por la verdad y ponerla así en diálogo con la filosofía (y con la ciencia). La búsqueda de la verdad por parte del creyente se realiza, según esto, en un movimiento, en el que siempre se están confrontando la escucha de la Palabra proclamada y la búsqueda de la razón. De este modo, por una parte, la fe se profundiza y purifica, y, por otra, el pensamiento también se enriquece, porque se le abren nuevos horizontes.

Parece pues, Teófilo, que se puede ampliar algo más esta idea de la circularidad en el sentido de que tampoco la ciencia como tal debería cerrarse en lo meramente propio e ideado por ella. Así como debe estar atenta a los conocimientos empíricos, que maduran en las diversas disciplinas científicas, así también debería considerar el mensaje de la Biblia, como una fuente de conocimiento del que ella se deja fecundar. Por citar algunos pensadores de nuestros días, Kant, Fichte, Hegel, o Schelling no serían imaginables sin los antecedentes de la fe, e incluso Marx, en el corazón de su radical reinterpretación, vivió del horizonte de esperanza que había asumido de la tradición judía.

Cuando la ciencia apaga totalmente este diálogo con el pensamiento de la fe, acaba –como Jaspers formuló una vez– en una “seriedad que se va vaciando de contenido”. Al final se ve impelida a renunciar a la cuestión de la verdad, y esto significa darse a sí misma por perdida. Pues una ciencia que ya no pregunta quiénes somos o para qué somos, ha abdicado como ciencia.

Diversos comentaristas actuales han llegado a afirmar que el destronamiento de la teología y de la metafísica “no ha hecho al pensamiento sólo más libre, sino también más angosto y ciego”. Por ello, Teófilo, no temen hablar de “entontecimiento por increencia generalizada”. Cuando la razón y la ciencia se apartaron de las cuestiones últimas, se hicieron apáticas y aburridas, dejaron de ser competentes para los enigmas vitales del bien y del mal, de la muerte y de la inmortalidad. De hecho, si se deja de hablar de Dios y del hombre, del pecado y la gracia, de la muerte y de la vida eterna, entonces todo grito y todo ruido serán sólo un intento inútil para hacer olvidar el enmudecerse de lo propiamente humano. Abrir la ciencia a la verdad (y a la Palabra de Dios), es un servicio no sólo para la Iglesia, sino también para la Humanidad.

Todo lo anterior, amigo Teófilo, con una aguda advertencia a la hora de utilizar o de hacer una correcta exégesis bíblica, esta vez recogiendo lo escrito por

Ilaria Ramelli³³: “*Los significados espirituales de cada palabra de la Sagrada Escritura están fundados sobre el sentido histórico que permanecen como base. La exégesis (interpretación) escritural cristiana se orientó desde los primeros siglos hacia dos tendencias: la histórico-literaria, representada por la Escuela de Antioquía, y la alegórica, típica de la tradición alejandrina, que retomaba un instrumento exegético ya usado por el mito pagano sobre todo en el estoicismo y después en el Medio y Neo-Platonismo, y aplicado por primera vez a la interpretación de la Biblia por Filón, en el ámbito judeo-alejandrino. Es particularmente importante mantener firme el valor histórico de la Biblia... porque lo narrado en la misma no son mitos, como los narrados por los Neoplatónicos: son, en cambio, documentos escritos por fieles que exponen eventos verificados históricamente... aunque su significado y sus efectos, dada la trascendencia misma de la revelación, son también meta-históricos... No es por casualidad que en los Evangelios se insista tanto en el valor del testimonio. Para los cristianos, de hecho, la Verdad eterna, el Logos divino, se ha hecho carne y ha descendido a la historia para la salvación del mundo*”.

Añado: todo esto tiene notables repercusiones a la hora de un diálogo entre Biblia y ciencia, ya que el mismo Espíritu de Dios, que hizo posible los eventos históricos de la revelación, sigue siendo el garante de la Verdad, con mayúsculas, a la que ni siquiera la ciencia puede escapar o de la que no puede desentenderse cuando se precia de ser ciencia auténtica. El creyente, como el científico, cuando están abiertos al Espíritu, no sólo ven-sienten-oyen-palpan-gustan la realidad con los ojos-manos-corazón-oídos-paladar humanos, sino con los que el Espíritu relee y nos abre a nuevas y más profundas sabidurías en nuestro interior. Y no se olvide que, desde el hontanar, las diferencias culturales –también las científicas– se unifican y se complementan. Un reto y una esperanza a la que el reciente Sínodo de Obispos trató de responder, tal y como se podía leer en los *Liniamenta* (n. 32): “... *La Palabra de Dios quiere entrar como fermento en un mundo pluralista y secularizado, en los “areópagos modernos” (cf. Hch 17,22) del arte, de la ciencia, de la política, de la comunicación, llevando la fuerza del evangelio al corazón de la cultura y de las culturas” para purificarlas, elevarlas y transformarlas en instrumentos del Reino de Dios... De tal modo que aparezca la identidad del misterio cristiano y su benéfica eficacia respecto a cada persona...*”

33 De la universidad Francisco de Vitoria, recogida en la WEB: www.elsentidodelavida (30-9-08)

Y, en otro lugar, llega a afirmar: “*La Palabra de Dios no es sólo un Don de Dios para los creyentes, sino un verdadero y valioso Patrimonio para la humanidad*”³⁴.”

APÉNDICE:

Bibliografía actual en castellano: “¿Qué se dice de Dios cuando se habla de Dios en la cultura y en la ciencia de hoy?”...

1. Postura atea y antirreligiosa:

- P. ATKINS, *El dedo de Galileo*, Espasa, Madrid 2003
- M. ONFRAY, *Tratado de ateología*, Anagrama, Barcelona 2006
- A. GLUCKSMANN, *La tercera muerte de Dios*, Kairós, Barcelona 2001
- G. KEPEL, *La revancha de Dios*, Alianza Editorial, Madrid 2005
- ID., *Las políticas de Dios*, Belaua, Barcelona 2006
- R. DAWKINS; *El espejismo de Dios*, Espasa, Madrid 2007
- L. BASSI, *La revelación*, Barataria, Madrid 2007
- F. SÁNCHEZ DRAGÓ, *Carta de Jesús al Papa*, Planeta, Barcelona 2001

2. Visión general:

- “Dios” en SÁNCHEZ RON, *Diccionario de la Ciencia, Crítica*, Barcelona 2006, 101-107
- AA.VV., *La religión a los ojos de la ciencia: “Muy Interesante”* 311 (Abril 2007) 67-80
- U. ECO-C.M. MARTINI, *¿En qué creen los que no creen?*, Temas de Hoy, Madrid 1997
- A. MONDA; *¿Crees en Dios? El tercer hombre*, Madrid 2007
- H. LUHMANN, *La religión de la sociedad*, Trotta, Madrid 2006
- J. SAMPEDRO, *Reconstruyendo a Darwin. Los enigmas de la evolución a la luz de la nueva genética*, Crítica, Drakontos, Barcelona 2004

3. Postura agnóstica y crítica:

- J.A. MARINA, *Dictamen sobre Dios*, Anagrama, Madrid 2002
- ID., *¿Por qué soy cristiano? Teoría de la doble verdad*, Anagrama, Madrid 2005

34 Así lo ha subrayado N. CALDUCH, biblista y experta en el Sínodo de Obispos: “Vida Nueva” n. 2631 (11-10-08) 19.

- G. VATTIMO, *Después de la cristiandad. Por un cristianismo no religioso*, Paidós, Barcelona 2003
- J. VATTIMO-RORTY, *El futuro de la religión. Solidaridad, caridad e ironía*, Paidós, Barcelona 2006
- F. SAVATER, *La vida eterna*, Ariel, Barcelona 2007
- G. PECES BARBA, *La España civil*, Círculo de Lectores, Barcelona 2005

4. Postura creyente:

- H. DE LUBAC, *Por los caminos de Dios*, Carlos Lohlé, Buenos Aires 1959
- M. CARREIRA, *Ciencia y Fe. ¿Relaciones de complementariedad?*, Vozdepapel, Madrid 2004
- ID., *Metafísica de la materia*, Comillas, Madrid 2001
- D. EDWARDS, *El Dios de la evolución. Una teología trinitaria*, Sal Terrae, Santander 2006
- D. HAMER, *El gen de Dios*, La esfera de los libros, Madrid 2006
- V. CAMPS-A. VALCARCEL, *Hablemos de Dios*, Taurus, Madrid 2007
- J.A. GONZALO, *Dios y los científicos*, Asociación Española Ciencia y Cultura, Madrid 2006
- M. RUSE, *¿Puede un darweísta ser cristiano?*, Siglo XXI, Madrid 2007
- J.L. CABRIA, *Dios en el pensamiento hispano del siglo XX*, Sígueme, Salamanca 2002
- E. BUENO DE LA FUENTE, *100 fichas sobre Dios*, Monte Carmelo, Burgos 2007
- F. S. COLLINS, *¿Cómo habla Dios? La evidencia científica de la fe*, Temas de Hoy, Madrid 2007
- F.J. AYALA, *Darwin y el diseño inteligente. Creacionismo, cristianismo y evolución*, Alianza, Madrid 2007